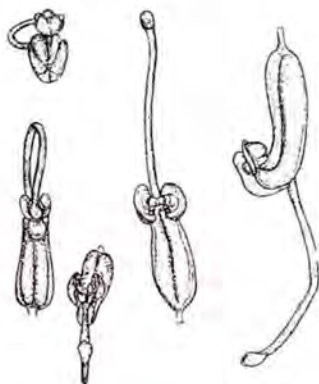


con Señorita, uno de los protagonistas de la violencia de esa zona; es un campesino de aspecto y trato amables, que tiene bajo su mando un escuadrón de gente que protege al pueblo de los "pájaros", a pesar de que él también es un matón que "lleva como menos treinta a la espalda".



Doña Clementina, la dueña de la casa, a diferencia de la tía, simpatiza con él, y le explica a Laurentino que en época de violencia "unos matan por tiranos, otros porque les ha tocado matar [...]". Que yo sepa, nunca se ha manchado las manos con la sangre de un inocente". Es una explicación simple y clara, dada por quien ha tenido que sobrevivir entre dos fuegos.

Un día el niño y su tío salen a cazar patos y, como hacerlo significaba una larga espera del momento preciso, Laurentino se va solo en busca del pato y en ese momento descubre que Zenaida, la hija de doña Clementina, está con don Arturo, su padrastro.

Una noche, mientras duermen se oyen cinco disparos, un estruendo en la puerta, y una persona que derriba la puerta para entrar. Era don Arturo, que al borde de un desmayo, aseguraba que los "pájaros" habían intentado matarlo, pero cuando Señorita llegó con cincuenta hombres para ofrecerle su apoyo a la familia, no encontró rastro alguno de los "pájaros" y luego doña Clementina se enteró de que los disparos de la noche anterior a su esposo habían sido hechos por el marido de una de las amantes de don Arturo,

lo cual le da un toque humorístico a los hechos y diluye el peso de la violencia y a la vez muestra la doble moral, la perversión oculta por las aparentes buenas costumbres de los habitantes del pueblo.

Doña Clementina saca de la casa al marido, y Zenaida intenta suicidarse. Al final de la novela se resuelven las historias que se han conocido a través del agradable, sencillo e ingenuo relato de Laurentino y que dejan ver la necesidad de cada uno de los personajes de encontrar la forma de vivir tranquilo, de defender sus derechos, así sea soslayando los recursos legales, de mantener sus costumbres y de imponer sus propias condiciones, a pesar del miedo que vive todo el pueblo. El autor, buen conocedor de la realidad colombiana, logra, a través de un relato impecable, darles veracidad a los hechos y a los personajes, sin caer en ningún momento en descripciones o situaciones truculentas. El carácter cinematográfico, humorístico y en ocasiones poético, que alcanza la narración, la libera de los esquematismos y de los recursos fáciles, tan frecuentes en los relatos de la violencia que vivió nuestro país y que tanto daño le hicieron a la narrativa de esa época.

HELENA IRIARTE

El viaje es la constante

La travesía del vidente

Mario Mendoza Zambrano
Instituto Distrital de Cultura y Turismo, Tercer Mundo Editores,
Santafé de Bogotá, 1997, 125 págs.

El viaje: mágico bucle que lleva hacia sí mismo. Tal parece ser el objeto de este libro, ganador del concurso de cuento "Bogotá: una ciudad que sueña" en 1995.

Angus Longworth, Charles Baudesson, Aabdon Mujail, Simón

Tebcheranny, Adai Shaiss, Neruch Ashoj Mardiross... todos los nombres de la obra son ya en sí mismos una promesa de misterio. Y tal juramento de secretos por descubrir, se ve fortalecido por los lugares: la isla de Molokai, Jerusalén, la prisión de Hyderabad, la fortaleza Antonia, la mítica ciudad de Gesara.

El viaje es la constante. Importa poco el lugar hacia el que vayamos, pues ese lugar no será más que un reflejo del propio viaje interior. El desplazamiento espacial no es más que la excusa para un ir perenne hacia el interior. El tiempo, camino dentro del laberinto. Visto así, el pasaporte es el viaje mismo.

Carl Sagan afirmaba en *Un punto azul pálido*:

Durante el 99,9% del tiempo desde que nuestra especie inició su andadura fuimos cazadores y forrajeadores, nómadas moradores de las sabanas y las estepas. Entonces no había guardias fronterizos ni personal de aduanas. La frontera estaba en todas partes [...] Con todas sus ventajas materiales, la vida sedentaria nos ha dejado un rastro de inquietud, de insatisfacción. Incluso tras cuatrocientas generaciones en pueblos y ciudades, no hemos olvidado. El campo abierto sigue llamándonos quedamente, como una canción de infancia ya casi olvidada.

No es algo muy distinto lo que se siente al leer este libro. A través de todas sus páginas el éxodo se justifica por sí mismo, como si se caminara al reencuentro de la infancia. Una infancia compuesta, entre otras cosas, de fuerzas poderosas anteriores al hombre; fuerzas que el hombre olvida, pero de las cuales no escapa.

Al leer este libro uno crea ciertas asociaciones con la narrativa de un Poe (especialmente el caso de Arthur Gordon Pym); de un Lovecraft, con su sentido demoníaco de realidades más allá de la razón, de geometrías ajenas a Euclides, de memorias olvidadas a propósito por el bien de la cordura; y, por supuesto, de un Joseph

Conrad, con sus viajes a medias descubridores y a medias redentores de sí mismo. Conrad es, por cierto, el único personaje histórico de origen occidental que se integra en el libro junto a figuras del Cercano Oriente tan perturbadoras como un Noé o un Lázaro.

La muerte no puede entonces ser ajena al libro. No en vano, los primeros hombres enterraban a sus muertos en posición fetal, rodeados de todos los objetos que pudiesen necesitar luego de que despertasen de ese último viaje. Desde un principio la asociación entre viaje y renacimiento es clara. No importa que el renacimiento haya sido antecedido por una disolución o por una transgresión de la propia identidad, lo único seguro es que nada permanecerá igual. Dentro del bucle del tiempo, la única vía para el regreso es siempre el avance.

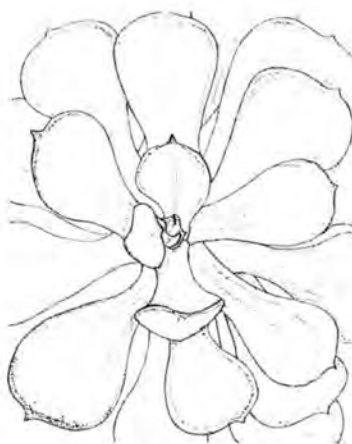
En la narración más contemporánea, Simón Tebcheranny va a Palestina. El autor resume el final de su viaje:

Los diversos trabajos que desempeñó lo hundieron en las entrañas de la futilidad más terrible que se esconde en el fondo de la vida, en lo inútil y perecedero, hasta tal punto, que cuando logró llegar a Chipre percibió que de su antigua fuerza no quedaban más que unas pocas migajas, unos residuos que habían logrado salvarse de la hecatombe. Y también, no sin cierta nostalgia, sintió que otro hombre, más perspicaz y menos admirable, lo habitaría de allí en adelante [pág. 55]

El cambio siempre es una paradoja. Es sabía entonces, sobre cualquier otra afirmación, la pregunta de una joven a quien Simón ha rechazado luego de que un viejo árabe se la ofreciera por unos cuantos shékels: "¿Si te has llevado a ti mismo, que es la carga más difícil de llevar, por qué no has sido capaz de llevarme a mí?" (pág. 63)

La soledad entra, pues, a ser el único denominador común del viajero. Soledad a la cual no es posible

amar, sólo aceptar, pues el viaje es siempre antecedido por una lección. Entre los diversos tipos de viaje, alucinatorios, espaciales, temporales, que hallamos en el libro, es representativo el viaje literario y la máxima de Joseph Conrad a un prisionero en Calcuta, quien una vez quiso escribir pero abandonó la idea al convertirse en una obsesión que le impedía toda tranquilidad. El personaje de Conrad dice: "El escritor opta continuamente entre la Literatura y la Vida. Debe elegir, porque de lo contrario el peso de ambas lo destrozaría. No lo olvide" (pág. 75). Tal afirmación parece aplicarse no sólo al viaje literario, sino a toda forma de errancia.



Hay cierto sabor a cábala judía en el libro, a cuentos de genios orientales, sin que esa materialización de demonios y ángeles tome otra forma que cada ser humano. Neruch, personaje del cuento más largo, cuyo nombre da título al libro, es un vidente mendigo descendiente de la raza de Caín, quien al observar a Noé construir el arca presiente que se acerca el fin y se las ingenia para entrar como polizón en el gran barco. Neruch, el polizón que observa las vidas de los otros mientras sobrevive con alimentos robados a los animales del arca, con frecuentes viajes interiores a las regiones de su pasado y al mundo anterior al diluvio, es fiel representación de Aquel Que Sabe, esto es, un ser humano que ha visto demasiado pero que puede hacer muy poco: Neruch pre-

decirá el fracaso de la expedición de Nemrod a través de las rutas que conducen al Edén y sentirá la inevitabilidad del diluvio, pero no podrá salvar a nadie más que a sí mismo. No en vano sólo en una demente encontrará a la compañera perdida.

Según Foucault, los manicomios modernos son descendientes de las leproserías medievales. Al igual que las prisiones, son lugares para resguardar a los seres peligrosos o inadaptados. Y esos tres elementos: locos, leprosos y criminales, no están ausentes de este libro. La razón quizá sea la de que el conocimiento más anhelado no está dentro de las fronteras de lo permitido. Por eso, el viaje mismo, una vez se separa de la superficie, se vuelve una transgresión a una ley no escrita pero siempre presente en el derecho penal sedentario.

¿Rebeldía? ¿Subversión literaria?... Dejemos responder a su autor:

Al principio, los barcos no fueron sólo el origen de la Cultura, sino también el origen de la Literatura [...] Pero nuestro siglo ha rebasado estos conceptos. Pertenecemos a la época de los cohetes, somos hijos de una imaginación cósmica. Por eso, nosotros, los últimos paganos espirituales, tenemos fe en que la literatura sea una Poética Interplanetaria, una Estética Interplanetaria. Ya no hablaremos más de "significante-significado" o de "sentido y unidad" (los lingüistas y los críticos son los peores poetas), sino de Galaxias Espirituales, de Constelaciones Semánticas o de Alfás del Centauro Verbales. Y en Deimos o Ganimedes desterraremos a los cristianos y a los demócratas para que se destrocen en el agujero de su hipócrita y falaz igualdad. Y para nosotros, los últimos paganos espirituales, la Palabra será un viaje a través de las estrellas en busca de nuevos mundos. Eso es todo. [pág. 41]

Muchos han sido los intentos de "revolución literaria" en este siglo. Muchos han tratado de recuperar la

"inocencia" de la literatura más allá de la técnica. A medida que avanzamos, sin embargo, vamos viendo como la "libertad de creación" conduce cada vez más a la aridez, a la comodidad, a la hora de asumir un estilo personal. Pienso entonces que resulta refrescante encontrar un libro que más allá de cualquier canon obsoleto no pretenda hacer otra cosa que una literatura fiel a sí misma, esto es, lo suficientemente libre como para decidir por voluntad propia cuál camino tomar como destino. Una promesa que quizá en un futuro consiga crecer en profundidad y firmeza propias.

"Y recuerda, envidiarás continuamente a los hombres sedentarios que hallarás a tu paso, esos hombres que al verte tendrán deseos de viajar" (pág. 58).

ANDRÉS GARCÍA
LONDOÑO

La primera serie de novelas policíacas colombianas

Implicaciones de una fuga psíquica

Gonzalo España

La Balandra, Bucaramanga, 1995, 125 págs.

Mustios pelos de muerto

Gonzalo España

Sistemas & Computadores, Bucaramanga, 1998, 193 págs.

La canción de la flor

Gonzalo España

Panamericana, Bogotá, 1996, 242 págs.

Un crimen al dente

Gonzalo España

Sistemas & Computadores, Bucaramanga, 1999, 195 págs.

Los aficionados a la novela policíaca en Colombia tienen que afrontar una situación muy parecida a la de los héroes (o antihéroes) de los ob-

jetos de su deseo: hay pistas e indicios que comprueban la existencia del género, pero se requieren una investigación detectivesca, mucha paciencia y la ayuda de otros aficionados para llegar a la solución, que consiste, en este caso, en la satisfacción de poder leer una novela policíaca colombiana.

De hecho, las hay, y muchas. Desgraciadamente, la mayoría de ellas están dispersas en pequeñas editoriales, se venden solamente en contadas librerías de pocas ciudades o se encuentran en una que otra biblioteca del país. Las más antiguas, desde los años veinte hasta los cincuenta y sesenta, o sólo circularon por entregas en revistas, o nunca se publicaron, o las ediciones simplemente no tuvieron eco en la crítica de la época, y por eso fueron olvidadas. Larga y exquisita es la lista de los hombres de letras que en su momento incursionaron en el género. Comenzando por el legendario reportero Ximénez, se extiende la lista de los que probaron su suerte como *asesinos de papel*, con nombres como Luis Vidales, León de Greiff, Manuel Mejía Vallejo, Gabriel García Márquez, Albalucía Ángel, Germán Espinosa, entre otros.

Hoy por hoy, contamos con un grupo pequeño y selecto de autores que se dedican a la ardua labor de superar el olvido y el menosprecio del género negro, imperdonable para los aficionados, en las letras colombianas. Los Santiago Gamboa, Hugo Chaparro Valderrama, Juan Carlos Rubiano Vargas, Ramón Illán Bacca u Octavio Escobar conectan la literatura colombiana con las tendencias actuales en el mundo de la novela policíaca, y seguramente lograrán establecer una verdadera tradición propia. Pero la mejor noticia para los aficionados nos viene de Bucaramanga. Por fin se puede hablar con todo derecho de una verdadera serie policíaca colombiana.

En 1995 publicó Gonzalo España, con *Implicaciones de una fuga psíquica*, la primera novela con el fiscal Salomón Ventura, que sacrifica su matrimonio y la vida rutinaria de Bogotá para combatir la impuni-

dad en Alcantora, puerto fluvial petrolero perdido en la selva. La segunda aventura del fiscal y del grupo de personajes alrededor de él, *La canción de la flor*, apareció en 1996; y finalmente, en 1999, se estableció con la tercera novela *Un crimen al dente* la serie del fiscal Ventura. En 1998 se reeditó la primera, ligeramente cambiada y con el título *Mustios pelos de muerto*.



Para los aficionados, y no solamente para ellos, una serie bien lograda constituye algo como la cima. Ya en los fundadores del género, Poe y Conan Doyle, se puede apreciar esa tendencia, y en todo el mundo y a lo largo de todo el siglo XX son, con muy contadas excepciones, los detectives e investigadores que aparecen en tres o más novelas los que entran en las historias de la literatura. En América Latina, sorprendentemente, echamos todavía de menos esas series de un autor que ofrecen al público lector la posibilidad de acostumbrarse a lo largo de los años a cierta atmósfera, a un estilo propio de escritura, a las capacidades y defectos que caracterizan a los personajes y, por qué no, al mensaje que llevan explícita o implícitamente las novelas. Las historias sobre el detective quizá más famoso de América Latina, don Isidro Parodi, no pueden cumplir esos criterios, porque Borges y Bioy Casares las concibieron como colección de cuentos y no como entregas sucesivas de novelas que, por su extensión, permiten y exigen esos elementos narrativos que les dan co-